

La libertad en juego

El gran error de los liberales del siglo XIX fue creer que la libertad, una vez conquistada, está asegurada. El error no fue meramente un error político; tenía sus raíces en una convicción radicalmente falsa de la condición humana. La noble idea del progreso, que había sido eso, una idea, como tal cuestionable y problemática, se había convertido, desde fines del siglo XVIII, en algo bien distinto y en cierta medida opuesto: en una *creencia* social, en la cual se *estaba*, como si fuera la realidad incuestionable. El progresismo fue la mecanización de la fecunda idea del progreso y por ello un gran adormecedor del espíritu alerta, del afán de innovación y libertad]

Que el hombre *puede* marchar hacia adelante, que puede mejorar su situación y hasta su condición, que los caminos no están cerrados, que el horizonte se puede dilatar sin un término fijado de antemano, es muy cierto. Pero el reverso de la medalla es que también *puede* estancarse, retroceder, perder lo que había tenido, malograr lo que había conseguido, caer en formas de vida que parecían superadas, que efectivamente se habían superado. La vida humana es *insegura*, y no sólo en sus ventajas y perfecciones, sino hasta en su misma humanidad. El hombre está siempre expuesto a caer por debajo de sí mismo, a deshumanizarse o, en ocasiones, deshominizarse. Lo propiamente humano no está nunca «dado», hay que hacerlo y mantenerlo.

Las formas más eficaces y plenas de opresión son posteriores al liberalismo, la invención política más inteligente y generosa de la historia. Corresponden a nuestro siglo. Algunas de ellas han pasado -me preocupa que muchos crean que han pasado definitivamente y sin posibilidad de rebrotar-, pero otras siguen en vigor, y las padece una enorme porción del mundo en todos los continentes. ¿Cómo ha sido posible tamaño retroceso?

He dicho que el liberalismo ha sido lo más inteligente y generoso que ha engendrado el pensamiento político hasta hoy. Pero no he dicho que los liberales hayan sido siempre inteligentes. Por lo pronto cayeron en el error, propio del siglo pasado, del *individualismo*, desconociendo que la vida humana, siempre individual, está hecha al mismo tiempo de sustancia social, y por tanto el liberalismo, para ser justo y eficaz, tiene que extenderse a los grupos sociales y a la sociedad en su conjunto. En ¡segundo lugar, pensaron que el Estado debe tener límites, lo cual es muy cierto, pero entendieron esto como si se tratara de que

hubiese «poco» Estado, como si el Gobierno libera) debiera ser «débil»; sin darse cuenta de que el Estado liberal debe ser enérgico* pero tiene que limitarse a sí propio, es decir, tener *configuración*, no extravasarse de sus fronteras propias, precisamente para tener plena eficacia en ellas y no invadir lo que corresponde a la sociedad.

La falta de vigilancia, la dejación de la celosa defensa de la libertad, hizo que desde el segundo decenio de nuestro siglo irrumpieran en Europa, y en otros continentes, las formas de opresión más duras, amplias y tenaces que se han conocido. Su primer cuidado ha sido el descrédito del liberalismo, execrado por todas ellas, sea cual sea su color. Es curioso que hoy suelen hacer un uso tendencioso de ese nombre, identificándolo con lo «conservador» -cuando ha sido tradicional la oposición entre liberales y conservadores, muchas veces sobre un torso común civilizado- o incluso con lo «reaccionario». Y se reserva, en el lenguaje de los grandes medios de comunicación, la palabra «liberalización» para la amplia difusión social de las cosas *malas*: se dice «liberalización» de la droga, o del aborto, cuando sería más apropiado decir «socialización» de ambas cosas. En cambio, las diversas tiranías del siglo XX no renuncian a la palabra «democracia». La afirman, con tanta mayor energía cuanto más se oponen a ella. «República democrática» suele querer decir autocracia en la que no hay ni un resto de democracia; si se añade «popular», se puede estar seguro de que el pueblo es mudo, no tiene nada que decir y ni siquiera se entera más de lo que quieren los gobernantes. Democracia «orgánica» se ha llamado entre nosotros a su supresión.

¿Por qué estos usos lingüísticos, por qué el diverso destino de las palabras «liberal» y «democrático»? Creo que hay un motivo profundo, que conviene poner de manifiesto. Cuando la democracia deja de ser liberal, aún antes de que deje de ser formalmente democracia, pierde su virtud, se convierte en un mero instrumento de dominio, puede degenerar en una forma de opresión, que se diferencia de las otras en que *puede tener un origen legal*. En esto reside su mayor peligro, porque es posible que la supresión de la libertad se deslice desde dentro, partiendo de ella y aprovechándola. Este es el método utilizado en aquellos países en que la destrucción frontal de la libertad, por el golpe de Estado o subversión, tiene demasiadas dificultades. La estrategia seguida varía según las circunstancias. La forma más venial es la ampliación del área de la «seguridad social», la absorción por parte del Estado de los deberes y funciones que antes desempeñaba la sociedad, de manera más o menos organizada. En nombre de una eficacia que suele brillar por su ausencia, el Estado va invadiendo zonas que no le pertenecían. Para ello aumenta prodigiosamente los impuestos; pero ello tiene el efecto marginal -a última hora decisivo- de dejar a los ciudadanos con pocos recursos y, por tanto, con posibilidades de iniciativa muy escasas.

El segundo paso es la invasión estatal de gran número de actividades, con lo cual se asegura la dependencia de los que las realizan, sobre todo si viven de ellas. Por eso las llamadas «profesiones liberales» suelen ser objeto de presiones muy fuertes, que empiezan por ser económicas y se van extendiendo a sus con-

tenidos y, por supuesto, a *sil* organización libre y espontánea.

El tercer paso es que urja altísima proporción de las dimensiones de la vida, que han pasado a la esfera del Estado, de hecho estén en las manos del partido que ejerce el Poder, el cual asume no sólo el «mando» político que le pertenece, sino la *gestión* del país entero. Y como esto suele exceder de las capacidades de los afiliados, lleva al ejercicio autoritario de esas funciones, que cada vez pierden más su carácter profesional, se fundan menos en la competencia y el prestigio, se van convirtiendo en rodajes del aparato de poder.

Esto ocurre, en mayor o menor medida, en gran parte del mundo -quiero decir del que todavía puede llamarse «libre»-, porque se rige por principios que invocan la libertad y tienen mecanismos que la aseguran *si son usados*. Sería aleccionador echar una ojeada al mapa y comparar el estado de la libertad en unos y otros países, a lo largo de un lapso de tiempo, digamos un decenio. Se vería si está en cuarto creciente o en cuarto menguante. Y en este caso sería urgente averiguar cómo se ha producido el descenso, por qué caminos se ha llegado a una fase tras la cual puede venir el equivalente de la luna nueva.

La libertad siempre está en juego, porque refleja la condición de inseguridad de la vida humana, porqué es la forma verdaderamente humana de la vida. Y hay que evitar que se llegue a la luna nueva, porque en política suele significar no la espera del creciente, sino la anulación de las fases.

J.M.